

Confesión de parte

*La Facultad por antonomasia
Filosofía y Letras*

José Antonio MATESANZ

Carnaval inagotable de disfraces.
La máscara legítima,
se funde con carne y huesos
y hace al monje.

Ya no es refugio de judías ricas
desplegando hechizos de Sunamita,
empavesadas con peinados crepé
y joyas demasiado grandes,
haciendo tiempo,
a la caza de *goys* antes de casarse con el primo.
Ya no hay bellezas famosas
disfrazadas de Michèlle Morgan
o de melena loca estilo cuarentas,
dándose un barniz de cultura,
coleccionando amantes entre ellas y ellos.
Ni grandes egos mexicanos,
de los de aquellos tiempos,
de los heroicos treinta y cuarentas,
monstruos incensando sus mitos mutuamente.
Ya no desfilan gringas de cursos de verano
—¿adónde se habrán ido?—
entre aullantes machos mexicanos,
empeñados en iniciarse con carne rubia gratis
y, sin saberlo, cobrarse Tejas, Arizona y California.
Hemos cambiado de modales
si no es que de apetencias.

Jóvenes multitudes la recorren hoy,
empeñadas en humanizarse,
en sacar del *homo barbarus* al *homo humanus*.
Arrogante fauna variopinta
y algo de flora,
— ¿encontrarán trabajo al salir?—.

Como es uso y costumbre sacrosanta,
 estorba a mitad de la escalera,
 o conversa y fuma despreocupada a medio pasillo.
 Los que pasan en fila india que se chinguen.

El aeropuerto —ahí donde todos nos encontramos—,
 además de para distribuirnos en los laberintos
 que suben y bajan, a derecha e izquierda,
 metáfora política incluida,
 es lugar favorito para hacer mítines contra el imperio,
 el gobierno, el neoliberalismo capitalista
 y las autoridades.

Ellos disfrazados de revolucionarios,
 quizá de los que exigen que el Estado los financie para derrocarlo.
 Cosechas varias: activistas sociales en contra de todo y de todos,
 incluidos ellos mismos.
 Mencheviques de 1905, bolcheviques de 1917.
 Los favoritos son los de Che.
 Hay piratas, guerrilleros, pintores de la escuela nacionalista,
 zapatistas, clasemedieros desclasados, *darketos*,
 y algún *yuppie*, por ahí perdido.
 Predominan los de lumpen.

Ellas desfilan cantarinas, frescas,
 derrochando juventud en grupos,
 disfrazadas de cortesanas,
 monjas posconciliares, ejecutivas sin ubicación,
 inocentes colegialas, sabias lolitas,
 damas libertarias, modosas clasemedieras,
 estudiantes de antropología uniformadas:
 guaraches, blusa guatemalteca,
 huipil chiapaneco o oaxaqueño,
 chamarrita de cuero, morral al hombro,
 o playera y pantalones, enseñando el ombligo.
 Todas —casi— empantalonadas
 ¿signo de los tiempos?

Reconocibles proletarios administrativos,
 seguridad y secres,
 afanados en trasladar expedientes de un lado a otro,
 cavando toneles de las Danaides de informes y constancias.
 ¿Cuántas actas de nacimiento tendrán archivadas?

Como siempre, maestros y maestras,
 disfrazados de yuppies, de *radical chic*,
 o de académicos serios y responsables,
 reconocibles por la edad
 y por sus aires de importancia.
 Cumplen la condena de Sísifo,
 los alumnos la de Prometeo.

1200 maestros y maestras, más o menos.
 Geógrafos, teatreros, pedagogos, historiadores,
 profesores de filosofía —¿serán filósofos?—,
 literatos, escritores que escriben,
 latinoamericanistas, escritores que no escriben,
 bibliotecarios, archivistas, poetas
 y demás,
 vampiros añosos chupando sangre joven,
 año con año renovada,
 mamando de la Universidad madre y madrastra.

Pero no, no hay que ser injustos ni frívolos:
 la Facultad es mucho más que ese carnaval.
 Importancia corroborada por campañas de desprestigio
 tratando de convencer, a sus convencidos,
 de que es inútil lo que aquí se enseña,
 que humanidades y ciencias sociales ya no se reproducen,
 ni producen plusvalías en dinero,
 y han fracasado, evidentemente,
 en su empeño de humanizar a la Humanidad.
 Fluye a veces la envidia de los bárbaros tecnificados,
 de los hijos, nietos y choznos de Milton Friedman,
 y casi siempre logran disminuir el presupuesto al ala revoltosa.
 “Si trabajan en lo que les gusta
 ¿por qué habría que pagarles?”
 “Si conviven con Góngora, Quevedo y Sor Juana,
 Sófocles y Espinoza,
 no les importará pasar hambres”.
 “Son peligrosos:
 de aquí salen indoctrinados”.
 Muchos gobiernos han acechado —acechan—,
 la oportunidad de estrangularla.

Hay 10 Colegios: Literatura Dramática y Teatro, Pedagogía, Historia, Filosofía,
 Geografía, Letras Modernas, Letras Clásicas, Letras Hispánicas, Bibliotecología,
 Estudios Latinoamericanos.

Las letras modernas presumen, además,
de departamentos de alemanas, italianas, inglesas,
y creo que francesas.

La *crème de la crème* de las Humanidades y las Ciencias Sociales,
con mayúsculas por supuesto.

¿Cuánta sabiduría habrá aquí? ¿Cómo hacerle justicia?

¿Cuántas mentes habrán sido tocadas

por abrazos de ángeles terribles

y besos de musas enamoradas?

Imposible hacer corte de caja.

Esa contaduría está fuera de libros.

Pocos se titulan,

por fortuna,

hay que aclararlo.

¿Qué haría este país si todos los que pasan por aquí se titularan?

Seríamos más insufribles.

Pero todos los que pasan por aquí

salen picados de las culebras

que reptan por todas partes,

ofreciendo marañas de estructuras,

sentidos y dudas a la vida,

platónicas, aristotélicas, agustinianas, tomistas,

marxistas o nietzscheanas,

y tantas más.

Diez mil cuerpos, entre estudiantes regulares,
irregulares, población flotante, indígenas y vendedores
circulan por sus laberintos, sin hilos de Ariadna,
en busca de imposibles Minotauros.

En caso de terremoto evacuar el edificio será imposible,

y moriremos todos aplastados en este ferrocarril,

orgullo arquitectónico compartido con Derecho,

Patrimonio de la Humanidad,

espacios en continuo peligro de extinción.

Los mercaderes del Estambul ocupan los pasillos externos,

aumentan el volumen humano de la Facultad,

mean y cagan en los baños,

cuando los encuentran abiertos.

Zoco árabe, mercado de pulgas,

Lagunilla universitaria,

las indias despliegan sus coloridas labores de arañas hacendosas,

y muchos nos detenemos a comprar libros nuevos y usados,

programas de computación, películas piratas,
tortas y papas fritas, pastes de Pachuca,
prendas pintadas a mano, periódicos y revistas,
artesanías.

¿Cuántas materias se ofrecerán, en total?
¿Cuántos conceptos, imágenes, sueños, utopías,
fantasías, ilusiones, ideologías, doctrinas,
retóricas, etcétera,
flotan o han flotado en estos salones, en estos pasillos,
donde se apoltronan muchachos y muchachas,
entre humo de cigarrillos y nudos de romances estudiantiles?
Mejor no me lo pregunto,
es aterrador pensar en ello.
Como cada quien tiene sus propias ideas,
sobre lo que sea,
es tradición que al principio nadie esté de acuerdo con nadie,
aunque en el fondo todos estemos de acuerdo:
es que cada quien tiene su propia forma de decir lo mismo.
Orgullo de la Facultad: variedad ideológica,
cada profesor da lo que se le pega la gana,
amparado en la libertad de cátedra
y en que nadie le pedirá cuentas.
Los alumnos podrán y tendrán que escoger
lo que les convenza y lo que les convenga.
Nuestra arrogancia: “Nunca peleamos por dinero”.
Nuestro orgullo: “Aquí cada quien piensa lo que quiere
y no nos degollamos”.

Somos la mejor escuela de humanidades
en el país y en América Latina,
y una de las mejores del mundo,
según han calculado hasta los extranjeros.

En 2008 cumplí cuarenta años de dar clases en ella,
cuarenta y ocho de que entré como estudiante.
La Facultad es rica y derrochadora de talentos,
el mío entre tantos otros.